

... de este mundo para dar lugar á las  
 virtudes. Aquí no se necesita la te-  
 de los mártires: basta la luz ordinaria que tiene todo  
 -CAPÍTULO XIII.  
 de la fe: y para el esposo  
 de la tierra.

### Incontinencia.

- I. ¿Qué gran mal es un poco de debilidad?—II. Dios compadece: Dios perdona.—III. Yo secundo las inclinaciones de la naturaleza.—IV. ¿Por qué se me han dado?

Contra las virtudes cristianas sobredichas se mueven, como hemos visto, muchas dificultades; mas tratándose despues de la pureza son tales, que el Apóstol tuvo por conveniente, como notó el doctor Santo Tomás, advertirnos que no diéramos lugar á la seducción: *Videte, ne quis vos seducat inanis verbis*. Indicaré alguna, pero con mano ligera, porque se trata de un vicio tal, que puede manchar hasta en el acto de inquirir el modo de que horrorice. ¿Qué gran mal es, dicen los patrocinadores de esta podredumbre, un poco de fragilidad? Dios compadece y perdona. Si Dios mirase tan sutilmente, ninguno entraría en la bienaventuranza, y el paraíso no está hecho para los turcos; algunos más audaces añaden que al fin no puede ser un gran mal seguir las inclinaciones de la naturaleza. Veamos una por una estas grandes doctrinas.

I. ¿Qué gran mal es un poco de debilidad? Nadie negará que, tratándose de cristianos, el juicio de Dios y el de la Iglesia sobre una accion es completamente irrecusable. Ahora bien. Si lo que hombres corrompidos llaman un mal de nada, Dios lo llamase un mal gravísimo y lo proscribiese con las fórmulas más severas, ¿no sería cosa de ponerse al lado de Dios, y no al de cualquier obsceno mundano? No vale, pues, engañarse con sofismas, porque Dios abierto há sus sentencias á este propósito, y las santas Escrituras llaman aquel vicio *pasion de ignominia, abominacion, delito pésimo, torpeza, cosa detestable*, y lo anatematizan con toda su au-

ridad, como largamente se observa en el Deuteronomio, en Ezequiel, en la Epístola á los romanos, y en otras partes. ¿No debería bastar esta simple ob-  
 vacion para todos los que no han perdido la fé?

Además, si fuera cosa tan leve, ¿podría Dios condenar eternamente por ella á las almas á las inextinguibles penas del infierno? No, ciertamente, porque Dios sabe distinguir las culpas graves de las ligeras. Y con todo, hablando de la incontinencia, amenaza con los más horrendos castigos. En el Deuteronomio y en Ezequiel léense cosas espantosísimas á este propósito. Por boca del profeta Naum, grita: «¡Ay, ay de los que se contaminan con tanta carnalidad!» Y por la de Joel protesta que llamará rigurosamente á juicio, pidiendo cuenta de los abusos con los inocentes: en el *Eclesiástico* y en los *Proverbios* intima para este pecado penas corporales y espirituales, en el tiempo y en la eternidad. Mucho más hizo Jesucristo en la nueva Ley, incomparablemente de mayor perfeccion. Jesus, no sólo prohibió las culpas más groseras, sino tambien los deseos, las complacencias y los afectos depravados del corazon. *El que mira á una mujer con mal deseo hácia ella*, dice, *ha pecado ya en su corazon*. Considerad, pues, hasta qué punto prohíbe todo pecado de esta especie. Cierto, siempre amenazó el Apóstol San Pablo, en todas sus cartas, á los que se hicieran reos del mismo. A los romanos, dice que los que se contaminan con tal vicio *son dignos de muerte*; á los colosenses que por él *viene la ira de Dios*; á los corintios que *los mencionados no poseerán nunca el reino de Dios*, y á los efesios que *no tendrán parte jamás en la herencia, ni en el reino de Cristo*: ¿puede hablarse más claro? Es, por consecuencia, una culpa tan leve y una debilidad tan excusable la que se atrae tan desmesurados castigos? El juicio de Dios, ¿pesará ménos que el de algunos sensuales que para no temer el infierno quisieran persuadirse de que es un mal insignificante?

Por lo demás, aun considerado en sí mismo, resulta todo ménos que leve tal pecado. Los sagra-

BIBLIOTECA CENTRAL  
 U. A. N. L.

dos doctores, que lo pesan en la balanza del Santuario sin exagerar, enseñan que entre los pecados corpóreos, despues del homicidio, es indudablemente el más grave de todos. Y sólo está despues del homicidio porque quita éste la existencia á quien ya la poseia: la incontinencia la rehusa á quien debia tenerla, ó hácesela tener indebidamente. Si se consideran despues las circunstancias que la acompañan y los efectos que produce, no es sólo un pecado, sino tambien una fuente infausta de mil iniquidades. Como es facilísimo multiplicar los actos, viene á dañar los pensamientos, las pasiones del ánimo, y todo el interior del corazon: segun nota el Apóstol, profana y contamina tambien el cuerpo, por lo cual nada queda intacto, gracias á su malicia y perversidad. Además, la incontinencia mancha la familia de mil modos; si se une á la juventud, es inútil procurar para ella una educacion honesta y cristiana, porque ha perdido la cabeza; si á infestar llega á una esposa, nadie puede decir la ruina de toda una casa gobernada por una mujer que tiene su corazon en otras partes, y que no teme si quiera introducir extraños que arrebatan el pan de la boca de sus propios hijos; si llega al jefe de casa, entónces la desolacion es completa, y una familia desventurada se ve constreñida á encontrar su mayor enemigo en quien debia ser su sosten más firme. Cuando esta llama infernal prende en un corazon, pierde todos los sentimientos del deber y de la honestidad. Un padre se olvida de lo que debe á la familia, y la pone sobre el empedrado de las calles públicas; un magistrado se olvida de lo que debe á su grado, y vende la justicia á la pasion; un príncipe no se cura de lo que debe á sus súbditos, y escandaliza á todo un reino; un jóven, de lo que debe á su porvenir; un viejo, de lo que piden sus canas, y hasta un sacerdote de lo que reclama la santidad de su estado. Esta pasion lo huella todo; los derechos de la naturaleza, de la amistad, del parentesco, del alma, de la religion, de Dios; se abre camino entre las infamias, las traiciones y los estragos; con tal que llegue á su fin; no se cuida de la pérdida del

honor, de los bienes, de la salud y de la vida; levanta en alto y lleva en la palma de la mano las intrigas más escandalosas, y con ellas la irreligion y la obstinacion en el mal, que son sus inevitables consecuencias; en una palabra: como acredita demasiado la experiencia cotidiana, es la desolacion de toda la sociedad. Despues de esto, aquellos inmundos que están contaminados se ponen delante y nos preguntan: *¿qué gran mal es?*

II. Como no es mi propósito ponderar aquí la profunda malicia de este vicio, y referir sus efectos, pasemos á las razones con que lo defienden. *Dios compadece y perdona tal flaqueza.* Ahora bien. ¿Es verdad que Dios perdone y compadezca, ó para expresar mejor el pensamiento de los aludidos, *que Dios tolere con tanta benignidad?* Aunque fuese verdaderísimo, ésta no sería razon para animarse al pecado, porque la blandura y benignidad de Dios deberian, por el contrario, disponernos á servirle mejor, más bien que instigarnos á ofenderle; siendo propio solamente de los corazones mas péfidos tomar la paciencia de otros como incentivo para abusar de ellos. Mas ciertamente hasta tal punto es falso que Dios tolere y compadezca este vicio más que los otros, que de ningun vicio ó pecado tomó nunca tan estrepitosa venganza como de éste. Desde sus tiempos, el docto y profundo Salviano, recorriendo con ojo escudriñador y filósófico la historia de la resurreccion y de la caida de los imperios, observó que á la templanza y á la honestidad de los pueblos añade siempre Dios la prosperidad; así como que no bien entraba la abominacion de que hablamos, sobrevenia su decadencia, hasta que, una vez en el colmo de la corrupcion, Dios los lanzaba de la tierra con todo género de azotes. La observacion de Salviano podria extenderse hasta estos últimos siglos, en los cuales la corrupcion de costumbres y los malos ejemplos que partian de sitios augustos, difundiéndose por sociedades enteras, crecieron hasta el punto de que, no soportando Dios más su hediondez, lavó en rios de sangre tantas fealdades.

Mas no tenemos necesidad de conjeturas, teniendo pruebas mayores de toda excepcion. En las santas Escrituras nos hace ver Dios que persiguió siempre sin descanso este vicio. Porque dejando estar las maldiciones fulminadas sobre Cam, las matanzas de los de Siquem, la extirpacion de toda la tribu de Benjamin, con todas sus ciudades y castillos, los azotes no perdonados á David y á Salomon, tan queridos por El, y muchos otros castigos públicos y privados enviados por este vicio, limitémonos á las dos más graves desgracias que nunca llovieron sobre la tierra y veamos qué las sacó del cielo. El fuego descendido sobre las cinco ciudades que se comprenden bajo el nombre de Pentápolis, ¿pudo acaso mandarle más que Dios? Ahora bien: Dios protesta que las abrasó por este vicio. El diluvio universal, en donde pereció toda la generacion de los hombres, exceptuando una familia, ¿quién lo atrajo? La incontinencia de los hombres, como lo afirma Dios con fórmulas más pesadas que el mismo azote inmenso. Llega Dios á decir, segun nuestro modo de hablar, que está como *arrepentido de haber hecho al hombre*; que El, El mismo *lo quiere quitar de la faz de la tierra*; que *atraerá las aguas sobre él*; que *lo abismará*, y que *su espíritu no permanecerá eternamente con el hombre, porque todo es carne*. Ahora pregunto: despues que Dios habla y obra de tal modo, ¿qué decís de los que con tanta desenvoltura afirman que aquel vicio es una mera fragilidad, y que Dios perdona? *Inimici Domini mentiti sunt ei*. Mienten, y mienten con impudencia.

Tan falso es que perdone Dios esta debilidad, y que compadezca, como dicen algunos, que así como difiere muchas veces la pena de otros pecados, comienza generalmente á imponer la de éste en la vida actual. Un ejemplo, repetido con mucha frecuencia, tenemos en las familias. Dios, misericordioso hácia los hombres, había remediado la humana debilidad por medio del sacramento del Matrimonio, el cual, mientras debía llenar la pátria de ciudadanos, la Iglesia de fieles, y el cielo de Santos,

debía servir á los padres de camino más llano para la salvacion eterna. Pero... ¡qué! Burlado el divino propósito por la malicia de los que quieren recoger todas las ventajas de un estado, sin sopor- tar sus incomodidades y cargas, queda grandemente contaminada, y con malicia calculadora, la pureza de aquel gran Sacramento. ¿Qué sucede? La ira de Dios, segun advierten todos los sábios, arruina las familias, las destruye y las hace blanco de sus maldiciones. ¡Oh cuántos casos luctuosísimos! Lo ménos que les pasa es verse faltar los hijos y los herederos cuando más los desearian, y encontrarse llorando vanamente su soledad. Con frecuencia las discordias, los pleitos, las enfermedades, las desgracias de todas clases caen sobre ellas, sin comprender la razon secreta que las ha merecido; en el interin los largos años trascurridos en la culpa, y los Sacramentos recibidos siempre con sacrilegio, por faltar el propósito de la enmienda, preparan los castigos eternos.

Si se sale de la familia, las víctimas de este vicio son innumerables. Una gran parte de los jóvenes de las ciudades modernas pierden la salud y las fuerzas; quedando medio hombres toda la vida: otros llegan á ser infames; otros destruyen sus patrimonios; otros contraen deudas que los consumen poco á poco, y ranchísimos descienden ántes de tiempo á la tumba. Un viejo y sábio médico de una populosa ciudad afirmaba que una de las más sangrientas batallas del emperador Napoleon, renovada anualmente allí, no hubiera segado tantas víctimas cuantas segaba todos los años la sola incontinencia. Y sin embargo, es preciso añadir, á los que mueren los que se vuelven estúpidos, débiles, maniáticos furiosos, y los que sucumben en otras enfermedades por razon de sus extravíos. ¡Oh! ¡Cuántas penas, aún temporales, sobre ellos!

Esto no obstante, las penas espirituales son aún más formidables, porque quedan heridos generalmente por la muerte eterna. Como los médicos de los síntomas del mal deducen la probabilidad de la curacion ó de la muerte de un enfermo, los sagra-

dos doctores, considerando las pasiones y los pecados de los hombres, conjeturan la vida ó la muerte eterna que les tocará. Ahora bien. Es terrible el acuerdo con que todos convienen en pronosticar la eterna ruina para estos infelices. Unos afirman que el infierno está poblado de incontinentes; otros que de los adultos pocos se salvan con este vicio; cuáles que estos infelices tienen los piés en el bátraco infernal, y cuáles que tienen ya el hálito en el semblante. Quién les da una despedida muy triste para la ciudad desventurada, y quién los conjura para que miren atrás y se arrepientan; hasta el dulcísimo San Alfonso de Ligorio á decir llega que de cuantos se condenan, ó todos se condenan por este vicio, ó ciertamente no sin él.

Y alegan las razones que cuantos quieran pueden cotejar demasiado fácilmente en los deshonestos. Los que se precipitan en aquellas fealdades, poco á poco adquieren una verdadera insaciabilidad en el pecado; por lo cual, nunca se convierten ni entran en sí mismos. A una juventud desenfrenada hacen suceder una virilidad disoluta: á veces, áun viejos que se caen, no saben dejar aquel pecado, detrás del cual anduvo perdida su juventud. El vicio, además, á largo andar, los embrutece de forma que, sólo no alcanzan ya nada de las cosas de Dios, y no van á la Iglesia, ni oran, lo cual sería su única salvacion, sino que frecuentemente llegan á perder la fé, y con ésta los sentimientos naturales del honor, de la honradez y de la humanidad. Viven, pero sólo una vida de sentidos y de torpezas, en compañía de otros á ellos semejantes, ávidos sólo de sus fealdades voluptosas. Quien investiga la verdadera fuente de la incredulidad de tantos que tenían en mucho en otro tiempo la fé, la Iglesia y todo bien espiritual, hallaría que no es otra que ésta. Al principio tenían remordimientos de conciencia por sus delitos; mas luégo, para que cesasen, procuraron persuadirse de que no era verdad que Dios castigára tan severamente aquel pecado; consultaron á compañeros manchados con la misma pez, que, hallándose en el mismo caso, tenían

el propio interés en quitarse aquel temor del corazón; añadieron lecturas impías para reforzar en ellos dicha creencia, y llegaron así primero á dudar, y á prescindir despues por completo de la fé. Ahora bien. ¿Cómo quereis, con todos estos efectos de la incontinencia continuamente á la vista, que los doctores pronostiquen más que la condenación?

¡Venid ahora á exclamar que Dios compadece y perdona! ¡Añadid tambien que el paraíso no se ha hecho para los turcos! A fé que Dios será infeliz si no llegamos al cielo, y que por tenernos en él á todo trance, despues de haber protestado mil veces que los inmundos no entrarán en su reino, lo abrirá de par en par para que penetren, y los acogerá entre las legiones de sus penitentes, de sus virgenes immaculadas, de sus mártires y de toda su corte. ¡Oh! Por favor, que nadie se alucine con estas impías y extrañas esperanzas. No vale decir que son muchos los infectos, porque Dios no mira el número, sino la bondad. Los Monarcas de la tierra no pueden imponer castigo á los reos cuando son muchos, ya porque asolarían ciudades y provincias, ya por miedo á las demostraciones; mas Dios no teme la multitud, ni se cuida del número, porque no tiembla delante de ellos. Echó legiones fortísimas de ángeles en el fuego eterno por encontrarles reos, y abismó al género humano en las aguas del diluvio, porque viólo corrompido, y no vacilará en arrojar algun sucio gusano de más, si lo merece.

III. Finalmente, *¿qué mal hago yo si secundo las inclinaciones de la naturaleza? ¿No es buena y santa?*—Necesitábase la osadía del presente siglo libidinoso para dar en el rostro á Dios con una respuesta tan imprudente y temeraria. ¿Y qué? ¿Predicase acaso ahora por la vez primera que debemos combatir, vencer y sujetar nuestra corrompida naturaleza? ¿No nos enseña la misma razon, y confirma la experiencia, que naturalmente somos llevados á muchas de aquellas cosas que racionalmente no podemos ni debemos hacer? Y si no basta la razon, ¿no tenemos los cristianos el santo Evangelio, que en todas sus páginas nos intima que debemos pe-

lear contra nosotros, hacernos violencia, combatir las pasiones, crucificar nuestra carne con sus vicios y concupiscencias, sin abandonarnos á nuestros depravados apetitos? ¿No sabemos que ésta es la gran lucha en que Dios quiere poner á prueba nuestra fidelidad? ¿Son novedades éstas entre los cristianos para que se deba levantar ahora cualquier ribaldo y venir diciendo: *¿Qué mal hago si secundando mi naturaleza?*

Además, si no es un mal secundar la *santa naturaleza* en una de sus inclinaciones, no se alcanza por qué lo ha de ser en otras; supuesto que las inclinaciones todas de los hombres son buenas, pónganse todas en libertad. Ahora oid. La santa naturaleza sugiere á más de un colérico ó vengativo hundir un puñal en el pecho de su adversario. Otros, por su naturaleza, tendrían la inclinacion de tomar para sí lo que poseeis vosotros, porque con mucho gusto se aprovecharian de la mesa de que disponeis y no pueden sostener, así como se gozarian con las propiedades que disfrutais y están cerradas para ellos. Otros, por su naturaleza, sentiríanse compelidos á suplantaros de aquel sitio que ocupais, para sentarse ellos, y así sucesivamente de otras semejantes inclinaciones. Como no hallais nada de malo en secundar la *santa naturaleza*, que os conduce á coger ó contaminar la esposa de otro, la *santa naturaleza* compele á otros á coger (aún es ménos) el dinero, el honor y los bienes que poseeis. Negad á éstos, si os sentís con valor, el derecho de secundar la naturaleza á su modo, mientras proclamais el de secundarla segun el vuestro.

IV. Mas ¿por qué, pues, nos ha dado Dios un cuerpo, y estas inclinaciones? Imprudente pregunta! Si porque nos ha dado un cuerpo podemos abusar de él, podeis decir tambien que porque nos ha dado las manos se han hecho para abofetear, que porque nos ha dado piés se han hecho para herir con la punta de los mismos, y así sucesivamente. Nos dió un cuerpo ¿quién lo ignora? para que sirviese al alma como instrumento de operaciones dignas, para que usásemos y no abusásemos de él, para

que fuese compañero del alma, y se subordinase á ella. Las perversas inclinaciones que por razon de él experimentamos, habíalas refrenado desde un principio con el don de la justicia original; más perdida ésta por nosotros, nos convirtió la lucha interior en materia de combate y de victoria, y por tanto de mérito y de corona. Así como hubiéramos debido en otro orden de providencia mostrar á Dios de otra suerte nuestra fidelidad, debemos en esta probársela en la lucha del espíritu con la carne.

Si es á veces dura y acerba, no faltan, sobre todo á los cristianos, medios de mitigarla. Dios ha otorgado á la humanidad un remedio en el enlace que entre los cristianos ensalzó hasta la dignidad inefable de Sacramento, y ha ofrecido innumerables socorros á los que no pueden servirse de tal medio. Si la naturaleza es débil, la gracia es fuerte, é invocada por nosotros, siempre se logra; si arrastra la carne al espíritu, el espíritu, que es superior á ella, puede refrenarla: si las ocasiones y peligros de prevaricar son presentes, lo es tambien la asistencia divina. La lucha nunca es superior á las fuerzas, porque Dios, fiel, segun el Apóstol, proporciona su virtud á nuestra debilidad.

Mas si otros no quieren recurrir á tales medios para salvarse, ¿de quién es la culpa si á caer llegan? ¿Por qué tantos célibes en medio del siglo, con todos los medios de contraer un matrimonio honesto, sino porque se ama una infame libertad? ¿Cómo pueden los aludidos luégo quejarse de Dios? Quién no está en condiciones de recurrir á dicho remedio, ¿por qué no emplea los recursos con los cuales puede vencer en la lucha? ¿Por que no ruega, ni acude al templo, ni frecuenta los Sacramentos, y mientras deplora que la castidad sea superior á sus fuerzas, échase por sí mismo donde las seducciones son mucho más peligrosas, donde los bailes, las bagatelas, los alimentos, los licores y las pláticas encienden todas las pasiones? ¡Admirable juicio, echarse uno por sí en el fuego, y gemir despues por haberse quemado!

En una palabra: Dios conoce íntimamente nues-

tra naturaleza, porque la formó El mismo, y le ha impuesto la obligación de la continencia; siendo como es infinita justicia y santidad. Es, por tanto, imposible que no pueda guardarse con su socorro divino. Quien no la quiera guardar, no se queje de Dios ni inculpe la naturaleza; duélase de sí mismo si no se ha refrenado, como querian de acuerdo la naturaleza y la gracia.

## CAPÍTULO XV

### Virtudes nuevas.

I. Pátria.—II. Bailes y teatros de caridad.—III. Sociedad protectora de los animales.

Ciertos amadores de novedades no se ciben á destruir con sus sofismas las virtudes antiguas, segun el Evangelio, é inventan otras flamantes, que substituir quisieran á las de Cristo. Entre ellas especialmente se halla el amor á la pátria, hasta el punto de que muchos que no tienen fama de ser grandes amadores de las virtudes, no sufririan que se pusiera en duda este su heroismo. Tan adelante se va, que todo crimen, con tal que se cometa por amor á la pátria, sobre reputarse lícito, considérase accion virtuosa. ¿Qué hay de verdadero y de honrado en tal nueva virtud? ¿Qué hay en ella de reprobable? Lectores, gustosamente añadiré yo algunas líneas para desvanecer las nubes que ofuscan á ciertos pobres cerebros, y para que sepais á qué ateneros.

I. Pátria.—La caridad, virtud nobilísima sin duda, debe ordenarse de modo que se ame á cada cosa segun el título que tiene á nuestro amor. Ahora bien. Nuestro Señor Jesucristo trató este orden con una fórmula sencillísima. Dijo que debíamos amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos. Próximo quiere decir *vecino*; segun son vecinos nuestros, deben ser amados. Observad, por tanto, que, entre las relaciones variadísimas que nos estrechan á los demás, unas existen por grados de proximidad, y otras por los vínculos que á nosotros los unen. Los más próximos son de seguro el padre y la madre, de quienes recibimos el sér; despues, el esposo ó la esposa, con quien nos junta